

*

-No sé si esta es tu dirección de correo o la cambiaste. Confírmame para que estemos en contacto.

Besitos: Manuela (Desde Granada)

*

No tuvo más remedio que resignarse al comprobar que tenía ya cincuenta y un años y la imagen de Manoli (hoy, Manuela), aunque incólume en su memoria desde la tarde del 3 de junio de 1988, correspondía ahora a la de una señora granadina, bien amancebada, absolutamente ajena a las condiciones de la habitación desde donde Juvenal tornaba a escribirnos la historia de su vida. Pero si parece mentira, decía para sus adentros. Nada de eso: -¡que no, chulo! Era fácil comprobar que era el *fucking looser* de siempre; aunque en el presente agravado por la edad y por la aguda gota del subempleo.

Mañana participaba en un recital de poesía, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a la memoria del recientemente desaparecido Pablo Guevara, un su amigo y excelente poeta. Las cosas de las que se iba enterando de Pablo, en el contexto de los responsos y públicos homenajes, eran semejantes a las que se fueron filtrando en sus oídos luego de fallecer su propio padre, cincuenta y cinco años mayor que Juvenal. O las que de plano, y más radicalmente, intuía mientras palpaba la cabeza nonagenaria de su tío Epifanio Agüero: todas cuitas mansas sobre las yemas, también discursivas, de su querido sobrino. Así, sin necesidad de palabras.

-Me han enseñado de todo en la vida, menos a morirme. Dijo Epifanio a Juvenal en tono acertivo, mientras olvidaba o confundía los nombres de sus hijos y de sus numerosos

nietos. Ana, su hija mayor, cocinaba para el militar retirado. Pero el nonagenario la identificaba con Jesusa, María, Emperatriz, algunas de sus otras hijas; o con La Dama, su propia mujer fallecida hace ya muchísimos años y que ahora los miraba a todos desde lo alto, desde un retrato oval que pendía --impertérrito-- en la modesta sala del anciano.

*

¿Qué tan profundo es el océano?

Para Jane y Pablo

¿Qué tan profundo es el océano?

¿Qué tan altas las estrellas?

¿Cuántas rosas traes contigo ahora?

¿Cuánto es lo que, esta vez, he de llorar?

Canta Billy. Tú recoges.

La aproximas como una manta

para cubrirte.

Aunque el frío sea interior.

Y también el temor.

Anoche visité un poeta

en su lecho de enfermo.

Me dice que pudo escribir *Hospital*.

Que si no hubiese ido allí

no habría podido escribir aquello.

Que en un momento, y por algunos interminables días,

colocaron a cuatro enfermos dentro de una reducida habitación.

Uno a cada lado del poeta

y otro a sus pies.

Que ninguno dormía por las noches.

Que el de la derecha deliraba con culos

y tetas. Y que el de la izquierda

le silbaba, para acallarlo,

ya que no tenía fuerzas para ponerse en pie.

Que el que estaba a sus pies

era la viva representación

de uno de los grabados de Doré.

Que en aquella habitación, aun sin las ventanas,

sentía que cruzaba la vía láctea con ellos.

Un ancho tirabuzón

hecho de felicidad y dolor

incomprensibles.

Y que su esposa lo rescataba de allí

todos los días. Que lo había rescatado de allí

desde el principio.

Que de ello íntimamente se percató.

*

-San Marcos es el Perú, reza el dicho popular, y Juvenal Agüero tuvo oportunidad de comprobarlo una vez más. Cuando tenía dieciocho años, a mediados de la década del setenta, recuerda que llevó ocultos allí unos poemas dedicados probablemente al mar y a las estrellas. Los portaba de esta manera porque aún no sabía si se animaría a mostrarlos en el taller de poesía que por ese entonces --y entendemos que hasta el presente-- funcionaba en la facultad de letras de aquella casa de estudios. Imagínense, en plenos años setenta en el Perú y él con su porfiado mar y sus ingratas estrellas. Obviamente, sus poemas hubieron de permanecer ocultos, entre sus axilas y sus genitales, todo el tiempo que estuvo sentado en el recinto del susodicho taller. Los textos que escuchó leer y analizar allí eran todos correctamente comprometidos, en medio de la anuencia y el fervor de asesores y talleristas. Invisibles al consenso, atípicos o inclasificables, los poemas de Juvenal sólo han sobrevivido fieles a su voluminoso prepucio. Por esa manía de poner su corazón allí, toda su alma si es preciso y todas sus utopías...y zarandearlo o arrejuntarlo al de alguna semejante para paliar la tristeza de todas las cosas, el deterioro y la muerte inevitable de todo.

Esta segunda visita poética de Juvenal, justo el 30 de noviembre de 2006, no variaba en lo fundamental respecto a la que hizo treinta años atrás hasta que Diego Guevara, hijo del difunto y presente en la mesa del recital, se salió del libreto fustigando -- irónicamente-- toda suerte de efeméride que hubiera hecho carcajear, sin duda y en primer lugar, también al propio Pablo.

Su viuda, Jane, asimismo estuvo allí; el lector tiene una pálida idea de su catadura

humana a través del poema que Juvenal escribiera, dedicado a los esposos, sobre los últimos días de Guevara. El poema aquel no es sobre la muerte; en realidad, es más bien sobre la vida: el amor de una pareja en el contexto de la vejez, la enfermedad y el dolor.

*

-Fíjate que de repente me apareció tu dirección en un papelito en un bolso que llevaba años sin usar. No sabía cómo contactar contigo porque tu ahijado no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo y cuando le conocí no me quedé con su teléfono para poder saber de ti. Por cierto, me encantó conocerle. Qué alegría tan grande que podamos al menos comunicarnos de esta forma. Mi teléfono móvil sigue siendo el mismo. El de mi casa también. Del teléfono del trabajo no te digo nada porque cambié de empresa (la anterior cerró) y ya no estoy tan independiente para hablar. Me han pasado muchas cosas estos últimos años y a veces no sé quién soy, pero en algún lugar tiene que estar la chica del autobús que conoció a un chico con mochila que siempre ha estado en un rincón de su corazón. Me alegro de que estés en Perú, creo que después de tantas vueltas por el mundo quizás ese sea el sitio que estabas buscando y yo siempre te imagino allí. Besitos: Manuela (como puedes ver ahora utilizo mi nombre más castizo...)
PD: ¿ Sabes que hay una película española preciosa con el mismo título que tu libro?

El presente es el segundo correo electrónico de Manuela (ayer, Manoli), luego del primero --brevísimo y anzuelado-- que figura al comienzo de toda esta serie de recuerdos, de convulsiones de la memoria; y ante el cual, antes de responderlo, Juvenal se la pasó

pellizcando el monitor de su computadora para comprobar si era cierto. Hace unos cinco años que no se veían. Lo que le dijo el peruano debe imaginárselo el generoso lector; aquí no consta ya sea por mala memoria nuestra o por un arranque de pudor de aquél. Nadie lo sabe. O simplemente porque Juvenal también está a la expectativa de lo que viene y no quiere adelantarse en elucubrar lo que sucederá. Entre el pasado y el futuro, este presente se niega a narrarlo así nomás, a tragarlo de una vez sin reparar en el buen sabor del agua, en este golpe de aire fresco e inesperado.

*

Alguien que sí percibió, desde un principio, la catadura de la poesía del autor de *Prepucio carmesí* fue su compadre Farol, en ciertos rumbos, como en otros Juan Carlos, Carlitos, Papel, Papeluchero, y un largo etcétera. Estamos refiriéndonos al mismo que firma --con semejante hoja de empuñadura de diente de jabalí-- ya dos colecciones de cuentos, dos novelas (una de ellas por encargo) y un libro de crónicas, *Cuadernos submarinos*, que en cualquier momento cae sobre las manos del camuflado y anfibio lector. En ocasión de la presentación de *El corazón y la escritura*, sexto poemario de Juvenal Agüero, Papeluchero escribió así:

Vengo sintiendo este libro desde el primer momento en que leí el manuscrito, y llevo ocultas algunas marcas que su lectura me propina a cada instante; en cada instante cuando el amor y por lo tanto el dolor, cuando la inevitable violencia, o el aprendizaje contra las “trampas para oso” de la nostalgia, cuando la voz de un moderno y verdadero

estoico avanzando desde el tormento deliberado del exilio, pero jamás a tientas, tal vez sí como un barco que con un maltrecho timón, escorado, encabuzado, entre malosos tumbos, llega a puerto por la pericia del navegante.

Creo que buenas tormentas ha librado Juvenal. Y siento hoy, como siempre, que nos lleva de la mano con su escritura como lo haría un experto cartógrafo de los mapas que pudieran trazarse de nuestras vidas: de las que hoy vivimos, de las que nunca habremos de vivir o de las que deseamos en secreto, sin atrevernos a ir a su encuentro.

Veo esto último como una clave: el producto del arte de Juvenal Agüero, la relación de la poesía con su vida, no es circunstancial, no es casual. Así como el poeta ha logrado crear tibios recodos donde los lectores podemos guarecernos del mal tiempo, también es capaz de empujarnos contra insospechados erizos urbanos, contra cortantes aristas propias y ajenas. Para que aprendamos a defendernos.

Me duele y me alegra esta poesía de verdades tan simples; verdades, nada más, ni nada menos: “Las ciudades pequeñas y más aún/ nuestros viles oficios nos empequeñecen. / Mejor es vivir en el asco de las metrópolis, / mejor es vivir en medio del mar”.

Gracias a la poesía, Agüero ha hecho suyos el mar y las ciudades, y con ellos los sentimientos, las anónimas voces, sus fraternas cómplices, que abandonan el silencio. Porque aún cuando algunos poemas sean fruto de la íntima experiencia, todos veremos claramente --y bella-- a “Manoli, atravesando una calle/ yendo hacia la Renfe”; todos nos veremos “reflejados de cuerpo entero en la vidriería de un bar”, y entenderemos “el más

grande amor nacido del desamparo, de la orfandad de ser peruano y huérfano”. Porque hay en esta poesía el grito del poeta, el reclamo de que debió haber alguien, alguna vez, que se la jugara por él, y por nosotros. Alguien que entendiera que su único compromiso es con la vida. Que Cornell, Barranquilla, Madrid, Santa Cruz de la Sierra, fueron un pretexto y que las dimensiones del tiempo y la distancia tienen sin cuidado a este creador de “transparencias, salidas, y otros túneles de lo humano con sólo escupir sobre las paredes en el violento y rasposo patio de la vecindad”, aun cuando el poeta comprueba a golpes que es imposible ser peruano en cualquier parte del mundo y esta conciencia es como un imborrable tatuaje vital: “Ser peruano huaco y católico, cachero y manatí. Ser peruano brujo. Porque hartos han andado la disuasión y el poder por un lado; y hartos la miseria y la pena por el otro”.

Y aquí me quedo, con estas últimas palabras que el poeta comparte de corazón a través de la escritura y de la vida. Apostando por el sueño, por el único cimiento válido y concreto como la casa sobre una isla:

La cosa es ya planear
nuestros próximos sesenta años.
De pechito contra la ola,
contra la playa, contra
el horizonte. La cosa
es nuestra centuria inminente,
conservando la mano más rápida
que la del ladrón
y la Gracia

en cada uno de nuestros poros.

Oh anhelada adultez.

Oh proliferante zapallo.

Ser el padre

de numerosísimos retoños.

Ser el músico, el gasfitero

el profesional.

Y no esta sombra y esta mano

estériles.

Leídos los relatos de Papeluchero, Juvenal cree que su amigo ha devenido también a ser con el tiempo imagen de su propia sombra; del propio cuento que forjó para sí mismo desde la infancia y que, como a Juvenal, de vez en cuando atizaba entre sus sesos y volvía quizá incómodamente predecible el futuro. En todo caso el reverendo padre Oscar Toledo, su confesor de la adolescencia, ya se lo había puesto muy en claro ante los ojos: tendría dos mujeres, hermanas ambas, con las que en la vejez --ya muy próxima-- Agüero se encerraría en su casa para siempre. Tal como suele suceder, esta premonición del jesuita también fue leyendo; pero, esta vez, las breves viñetas que le confiara un día su joven y aún casto monitoreado. En aquella oportunidad el sabio sacerdote miró a Juvenal con pena, la verdad, y lo peor aún es que incluso deslizó una involuntaria infidencia sobre sus progenitores...nadie tiene la culpa de los padres que a uno le tocan, observó, o creemos que observó, en medio de nuestro hondo y confuso estupor... y más incontenible zozobra. ¿Qué quiso en verdad decir nuestro viejo padre confesor? ¿Qué, exactamente, lo que no nos atrevimos a seguir preguntándole? Lo cierto es que cuando años después leímos a

Bertold Brecht, aquello sobre su famosa teoría del *distanciamiento* o de la toma de conciencia en medio de la ficción más tenaz, creímos comprender con exactitud lo que ello podría significar. Algunas palabras pueden remecer y, de sopetón, empezar a desvincularte de tus cosas más sagradas; pueden, incluso, desarraigarte de ti mismo si es preciso. Aunque no por ello --y por muy extrañas razones-- dejes de amar. Como cuando te llaman: - Juvenal, Juvenal... y de algún modo, hallándote allí, respondes a ese nombre. O como cuando lloras por la mujer abnegada que fue tu madre y por el hombre bueno que fue tu padre o, un tanto más acá de todo eso, como cuando compartes con ambos equivalente zozobra, semejante desconcierto y, no pocas veces también, pasajera y acaso exultante felicidad.

*

A mi abuelo Desiderio Agüero
lo asesinaron a golpes
en la provincia de Cangallo, Ayacucho, allá por 1925.
Lo emboscaron en la propia recepción
de su cargo como sub-prefecto.
Medio centenar de puños
se ensañaron hasta la muerte contra él.
Los azuzadores fueron capturados
y purgaron veinticinco años de cárcel
por el homicidio. Se apellidaban Rodríguez.
Hacendados de poca monta

y de medio pelo, pero hacendados al fin.
Tú no esperas muerte distinta.
Morir de cara a taimados anfitriones.
Llegar donde a uno lo esperan.
Para morir. Para vivir quizá aún más
de esa manera.
Mi abuelo camina dentro mío
con pasos semejantes a aquéllos.
Y su pequeña hija no derramó lágrimas,
meditó más bien.
Y su viuda, Aurora Prado, veló hasta el crepúsculo
por nietos tan indefensos.
Que él no conoció. Salvo de oídas.
A través de las ondas de la laguna
o del rumor de las hojas de cedrón de su pueblo.
Árbol tutelar de los andes del Perú.
Y que su nieto limeño --el último de la prole--
conoce también, pero sólo de oídas
y por el delicado perfume de la infusión.

Este poema resume, a su modo, las conexiones de la política y del poder local respecto a Juvenal Agüero y toda su familia, tanto en el pasado, en el presente y, muy probablemente también, en el más insondable futuro. Está por convencerse que semejante a la de su abuelo, Desiderio, ha sido siempre su relación con el Perú; según Simón Bolívar:

país de mineros y esclavos. Y según Servando y Florentino, otro par de filósofos también venezolanos: país de cholitas aguantadas. Qué le queda pues hacer en el Perú sino aspirar el suave aroma de las hojas del cedrón y soñar que no lo han gobernado ni sus presidentes han sido... ¡Qué mal gusto de mierda! Ni que sus intermitentes jefes, condiscípulos o colegas no hayan hecho sino reproducir la mediocridad general y el horror de arriesgarse a concebir algo nuevo. Tinglado de aspirantes a pendejos, su país, donde todo se consigue a empujones, desde la ropa donada a la salvación eterna. Y donde el sentido de gremio se interpreta siempre como subordinación al líder, a la preclara institución, a la tan infalible idea.

Antonio Ruiz de Montoya, en Lima, es la universidad jesuita donde Agüero trabajó el primer semestre de 2006. Fue elegido el mejor profesor del ciclo, entre los alumnos a los que enseñó *Literatura Latinoamericana II* (siglo XIX), y también el menos idóneo para continuar laborando allí entre su alta dirección. En realidad, desde el principio se lo advirtieron: sí o sí la cuestión era adaptarse. Pero lo que esto quería significar era lo realmente peludo del asunto. Como esta breve novela se leerá, auguramos, hasta por lo menos unos cinco siglos más no vamos a incidir en mezquinos detalles. Sólo queremos reparar en que existen jesuitas y jesuitas y no nos atreveríamos a generalizar al respecto. Juvenal aprendió con algunos de ellos desde la escuela primaria, en el ya desaparecido colegio Nuestra Señora de los Desamparados, que humanizar era divinizar. Coletazos de los sesenta aún en los setenta. Que si, por ejemplo, los homosexuales eran el 10% de la humanidad --y los heterosexuales el 90%-- deberíamos sencillamente ponernos en el caso de vivir en un mundo en que estas proporciones se encontraran invertidas... y tratásemos de pasarla sin homofobia y en paz.

Pero a comienzos del tercer milenio pareciera que aquella medular iniciativa ha llegado a su fin. La iglesia no sigue viendo con buenos ojos la literatura; aunque en la Ruiz de Montoya se ubique una especie de alta estela central con un popurrí de versos entresacados del canon, pero ninguno firmado por alguno de sus alumnos. La literatura, eso sí, debe estar al servicio de una lectura oportunista y pragmática de los signos de los tiempos y, de paso, también de cada uno de nosotros mismos. Algo que dé aliento, hinche de fervor, y corresponda al concepto básico de un Dios encarnado y haciéndose en la historia; es decir, colaborando estrechamente con su grey en perfeccionar su creación aún inacabada. Tinglado fundamental que debería haber llamado a la reflexión y al mejor esfuerzo de los seminaristas en que tendríamos que habernos convertido todos los que estudiábamos o trabajábamos allí. En política, pues, todos correctamente comprometidos; y, en lo humano, mayúsculamente cercenados. En un ejercicio colectivo de creación literaria que Juvenal Agüero propusiera a sus recordados estudiantes --y que solía ensayar desde hacía mucho con distintos grupos y en variedad de contextos-- jamás percibió tamaño acartonamiento como en aquella oportunidad. Cierta incapacidad, tanto física como mental, para disfrutar y, por lo tanto, para ser elásticos o arbitrarios --¿tolerantes?-- en primer lugar con uno mismo. La inclusión debe comenzar por casa, pensaba Juvenal, y parte fundamental de ésta son la imaginación y el díscolo deseo. Lo cual nos permitiría, a su vez, pensar la política desde dentro --y desde lo cotidiano-- y no sólo como una importante lección de historia más por aprender ni de signo de los tiempos preprogramado más por dilucidar. Vaya, pues, este ocioso poema --nada comprometido-- dedicado a mis hermanos jesuitas de esta hora y de la todavía media hora más por venir; en esta maravillosa tarde de sábado de diciembre de 2006:

Una vez más

Una vez más he sido
humillado.

Por enésima vez
han descargado sobre mí
el poder.

Un hombre se ha portado
como una institución
y me ha condenado al exilio.

Dentro de una institución
en la que nada más he sembrado
la duda asistemática
y el rechazo de todas las instituciones.

Pero todo de un modo cool, casual,
imperceptible como casi mi propia vida.

“Poseer una conciencia laxa
va a crearte numerosos problemas”.

Como bien dijo el padre de mi colegio.
Igualito a como dijo, mi propio padre,
pero de mi sobresaltada soberbia.

Exhibo mis defectos
para poner de relieve mis virtudes.

Pero esto ya no va más. En realidad
soy muy malo. Aunque

no deje de parecerme un nombre cualquiera.

Un epíteto acaso: Malo. Malo. ¿Malo?

Loma, mejor, y mucho más discreto.

Loma nomás. Aunque harto humillado.

*

Manuela no ha escrito este último fin de semana y yo no quiero llamarla todavía. Entreveo, como ustedes, que no existe urgencia de escribir o de llamar y nuestra relación ha pasado a constituirse, por decirlo así, en un conato de intensidad ínfima. Pareciera que nuestros diálogos, tal como nuestro último encuentro de hace cinco años en Granada, son sólo una oportunidad para mirarse bien a la cara, abrazarse, y comprobar la obvia distancia del mar entre los dos. La misma distancia que separa el Perú de España; peor aún, la vida de una eficiente y próspera ejecutiva de la de un errante y muy oscuro escritor. Sin embargo, repararon en esto varias personas cercanas a Juvenal, es fácil comprobar que en *Prepucio carmesí* aquella preciosa española es la única que de entre todas se salvaba. Es decir, la única a la que de verdad amó el peruano; pero que ahora comprobaba muy bien lo que antes apenas sospechó: aquello de haber habitado siempre sólo en un rinconcito del corazón de Manoli.

Por lo demás, en efecto, mora él ahora en Lima (ignora hasta cuándo) donde ha alquilado una habitación con vistas --a un enorme taller de mototaxis-- y visita con frecuencia a su querida hermana Elena. Además a él lo visita, también con mucha frecuencia, una innumerable amiga que ayer nomás pasó y dejó en un papelito, sobre la computadora de Juvenal, el siguiente mensaje cifrado:

Siempre presente

Siempre ausente

ente

mente

Por allí va...

Se va.

La vizcacha

Todo porque se enteró que Juvenal había comenzado a escribir esta novela y, sin entrar en mayores detalles, La vizcacha le preguntó si estaba allí; a lo cual aquél respondió que no y que no estaría. Y donde por cierto aquella no figura, salvo como la ausente o como la permanentemente presente, según leemos también en su quizá premonitorio mensaje.

*

Juan Dahlman y Juvenal Agüero: un cierto malestar en la cultura

Alma de Hacker

Un chin de amor, del escritor peruano Pedro Granados, es una novela-ensayo -- texto, a la vez, teórico y práctico -- tal como las que se estilaban en el romanticismo del siglo XIX latinoamericano donde el tema de la ciudadanía eran tan álgido; aunque esta vez, paradójicamente, más bien centrada en cómo se construye un post-ciudadano: “Juvenal Agüero”. Efectivamente, si ya Borges en “El Sur” (a través de la biografía de “Juan Dahlman”) debate con “El matadero” de Esteban Echeverría --al reelaborar el asunto del asesinato del inocente héroe “Unitario” a manos de los federales--, ahora “Juvenal Agüero”

o Pedro Granados --ya que nos hallamos, aunque apócrifa, ante una sabrosa autobiografía-- entra en polémica consigo mismo y pasa de una identidad, digamos, titular a una que va volviéndose interina hasta desembocar en la auto-conciencia de la pura ficción; en otras palabras, de comprobar haberse vuelto un personaje para sí mismo. Su patria, entonces, es ahora la internet, y sus paisanos los otros seres virtuales que, tal como él, efímera o discontinuamente la habitan.

Es decir, ni Dahlman ni Agüero --personajes educados y ciudadanos-- son ya héroes románticos, si no todo lo contrario. Ambos son líricos lúcidos del libreto que les ha tocado en suerte; conscientes del mito que asumen --frente a la mediocridad que los rodea o, mejor dicho, frente al malestar en la cultura que los agobia-- para morir mejor: peleando como un gaucho más de la pampa, el primero; para vivir más dignamente: fajándose a cuerpo desnudo contra varias atractivas mulatas, el segundo. Post-románticos en suma. Y decíamos malestar en la cultura, título acuñado por Sigmund Freud para su libro homónimo de 1929, porque es sobre esto de lo que finalmente se trata. Es decir, tanto Dahlman como Agüero se sienten incómodos ante la cultura; no es que rechacen una en particular o algún aspecto específico de aquélla, sino que con sus comportamientos --entre inasibles o fantasiosos-- llevan a escena algunas ideas capitales de aquella tardía obra de Freud:

“el término cultura designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí [...] La libertad individual no es un bien de la cultura [...] Por consiguiente, el anhelo de libertad se dirige contra determinadas formas y exigencias de la cultura, o bien contra ésta en general” (66-67).

Ahora, obviamente, tanto Dahlman como Agüero no son personajes post-románticos porque se rebelen contra la cultura; sino porque encarnan, más bien, un matiz sumamente lúcido del pensamiento de Freud en esta misma obra: “cualquiera que sea el sentido que se dé al concepto de cultura, es innegable que todos los recursos con los cuales intentamos defendernos contra los sufrimientos amenazantes provienen precisamente de esa cultura” (61). Entonces, y simplificando quizá groseramente, rebelarse contra la cultura es inútil porque se hace con los elementos o en los términos que nos proporciona ella misma. Y esta rebelión inútil o causa perdida es, precisamente, la que encarnan ambos entes imaginarios; en palabras de Michel de Certeau, comentando *El malestar en la cultura* y simultáneamente leyendo a Wittgenstein: “no se ‘sale’ de este lenguaje, no se puede encontrar otro lugar desde donde interpretarlo [...] en suma, no hay salida” (18). Por lo tanto, en “El Sur” ya no son pertinentes los antagónicos términos románticos, “civilización y barbarie”, porque todo es “civilización”; como que el placer y el amor del caribe, en *Un chin de amor*, es todo literatura.

Insistimos, los dos personajes son lúcidos de hacia dónde se dirigen. Por parte de Dahlman, el episodio de la clínica --combatiendo una septicemia general-- provocó en él una suerte de anagnórisis: el radical descubrimiento de que el padecimiento físico, inevitable flagelo humano, no podía ser traducido sino en términos de “infierno”. Imagen cultural a la que en adelante tratará de reemplazar por alguna de *Las mil y una noches* o, ya al final del relato, por la entrañable figura de su abuelo materno que --ahora de la mano con un desubicado nieto-- sale otra vez a perder la vida en el llano. Así, la muerte de Dahlman se vuelve preciosa porque no es individual (intransferible o romántica), sino ejemplar: copia de la de un mártir de la patria --y pariente suyo por vía materna-- entregando una vez más la vida en “El sur”.

En general, y pareciera también en esto seguir las huellas de aquella obra tardía del sabio vienés, Borges nos propone que otra de las fuentes intrínsecas del humano sufrimiento, tal como la supremacía de la Naturaleza y la caducidad de nuestro propio cuerpo, sería considerar el fracaso de nuestros “métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad” (Freud 60-61) porque aquello sería parte de nuestra propia constitución psíquica o, dicho de otro modo, una porción más de la ya de por sí indomable Naturaleza (Freud 60-61). En este sentido, ahora lo podemos colegir mejor, Dahlman al final se suicida, pero no es culpable; o los gauchos lo asesinan y, paradójicamente también, continúan siendo inocentes.

Algo semejante ocurre, creemos, con Juvenal Agüero; de algún modo este personaje cumple con los parámetros que vamos conociendo también de la poesía del autor de *Un chin de amor*; respecto a ésta, Julio Trujillo nos indica:

“Pedro Granados trabaja con una prosodia de armónico despliegue, que se deja leer al ritmo de la respiración. Sin embargo, en esta poesía habita la fatalidad o, si se quiere, la resignación ante el fracaso esencial de la escritura. No hay trascendencia ni para qué buscarla: permanece lo fugitivo, el placer o el recuerdo del placer” (12-13)

Por lo tanto, si bien es cierto que nuestro personaje evoluciona en la novela, no es menos cierto que el final es también otro recomienzo; persistirá --aunque en clave picaresca y no carente de sentido del humor-- un porfiado espejismo o, tal como acierta a decirnos Nacho Fernández, la búsqueda constante del “trasfondo de un sentimiento poético”

[<http://www.literaturas.com/ESCAPARATE.htmDEFINITIVO.htm>]. Pero asimismo, y en cuanto también a lo “fugitivo”, no deja de ser pertinente lo observado por Luis Beiro: “El

libro es un homenaje a la migración [...] Juvenal Agüero es un símbolo del latinoamericano de hoy, irreverente, lúcido, mordaz, sin pelos en la lengua que sabe que nada tiene que perder” (9). Por lo tanto, uniendo estas dos lecturas (la literaria y la civil), quizá no deja de ser pertinente reflexionar también --en tanto y en cuanto concebimos a Juvenal Agüero como el retrato de un héroe post-civil-- en algo que el filósofo José Landa señala muy bien sobre la ética posible a un ser con aquellas características:

“El gradual debilitamiento o la retirada, aunque sólo sea parcial, de las tradicionales determinaciones externas de la voluntad, como el Estado, Dios, la clase, el Partido, la Historia, el Progreso, la Revolución, la Moral, los valores concordantes con las estructuras de explotación y dominación, los sistemas simbólicos e ideológicos cosificados y otras, dejan ciertamente al sujeto contemporáneo sin asideros éticos prefijados. Pero, por lo mismo y paralelamente, permiten a ese mismo sujeto unos márgenes de libertad como pocas veces se han registrado en la historia. Ciertamente, hoy operan nuevas determinaciones exteriores de la voluntad, como las novedosas tecnologías de control social y los medios masivos de comunicación, cuyo poder no se debe escamotear.”

En definitiva, creemos que --a su modo-- Juvenal Agüero encarna toda esta rica experiencia y coyuntura universales; y las posibilidades y límites de una soberanía que le competen a un post-ciudadano. Aunque *El malestar en la cultura* puede ser tildado de libro pesimista, Sigmund Freud lo escribió de cara a sus atroces recuerdos de la primera guerra mundial, admitamos con él que “no hay salida”. Sin embargo, tanto Dahlman como Agüero gozan de autonomía moral; ejemplifican una máxima no menos paradójica: aunque

más controlados que nunca los seres humanos de hoy en día aún les es posible apetecer o avisorar la libertad.

Obras citadas

- Beiro, Luis “Vuelve ‘Prepucio carmesí’”. *Listin Diario*. 27/ 8/ 2005, p. 9.
- Borges, Jorge Luis. “El Sur”. En: *Ficciones*. Bogotá: Oveja negra, 1984.
- De Certau, Michel. *La invención de lo cotidiano I Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 1996.
- Fernández, Nacho. “Escaparate. Obras literarias, un paseo por los libros sin vitrina”.
[<http://www.literaturas.com/ESCAPARATE.htmDEFINITIVO.htm>]
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Granados, Pedro. *Un chin de amor*. Lima: Editorial San Marcos, 2005.
- Landa, José. “Desacralizar al poder: Etica y democracia en la era virtual”. En:
[<http://www.etcetera.com.mx/1999/348/j1348.html>]
- Trujillo, Julio (ed.) *Caudal de piedra: veinte poetas peruanos*. México: UNAM, 2005.

*

Estamos ya en los últimos días de diciembre de 2006 y, como es típico por estas fechas, Juvenal va recibiendo algunos --no muchos-- saludos conmemorativos. Algunos de ellos absolutamente inesperados, hasta que uno les haya lugar en la constelación multidimensional en la cual existimos. Ubicación, a la larga, que puede resultar

privilegiada o fundamental según ese dato sea el punto de quiebre, el nudo preciso que abraza las variopintas cuerdas que van a pasar a llamarse, desde ese mismo instante, una red o un complejo sistema. Desearíamos que de este modo actúe también en sus vidas esta breve novela; como un oportuno soplo al oído, como una leve vibración que agite y desencadene en la mente todo el resto de la canción.

Ignoramos si éste será el caso, pero de pronto encontramos en nuestro correo electrónico, llegado desde USA, un mensaje de Alberto Roblest, ¡pinche cuate! Incendiario personaje que --como algunos de ustedes recordarán-- viene también de *Prepucio carmesí*; y que pareciera en nada haber cambiado, salvo quizá en andarse ahora con algunos remilgos, todos por cierto escrupulosamente estudiados, y que consisten en no poner en el cuerpo del texto, sino a manera de Post Data, algunas de sus dinamiteras o incontrovertibles palabras. Aquí les va:

-Hola Peter

gracias por las buenas ondas, las mando de regreso...

Solo esperemos que las cosas vayan mejores el año que entra.

Abrazos y salucita de la buena !!! (me estoy bebiendo

un tequila de poca, enviado por mi hermano)

felicidad mucha,

alberto.

PD (Que se siente estar en el Peru de regreso, supongo

que un Peru diferente, no? Que se siente enseñarles a

los pinches aleluyos de la Católica?)

Y es que Juvenal, en efecto, ejerce la docencia ahora mismo en la Pontificia Universidad Católica del Perú; a cuyos alumnos el mexicano Roblest --quizá se comprende mejor ahora-- va motejando algo injustamente de “aleluyos”. Pero lo que ignora el bato Alberto es que, si uno ha vivido muchos años fuera, jamás regresa a su país y sólo continúa de viaje. Y que, sobre todo, si llegados a los cuarenta no hubiéramos alcanzado el poder, sólo nos queda pasar por sabios, nomás, ya sea entre muy devotos o ateos. Algo de todo esto se aprieta en fresca y oportuna gavilla en un poema del borgeseano Harold Alvarado Tenorio, pasamos a copiarlo:

Proverbios

No hables.

Mira cómo las cosas a tu alrededor se pudren.

Confía sólo en los niños y los animales
y de los ancianos aprende el miedo de haber vivido demasiado.

A tus contemporáneos pregunta sólo cosas prácticas
y comparte con ellos tus fracasos, tus enfermedades,
tus angustias, pero nunca tus éxitos.

De tus hermanos ama el que está lejos
y teme al que vive cerca.

A tus padres nunca preguntes por su pasado
ni trates de aclarar con ellos tu niñez y juventud.

Con tu patrón no hables, escríbele y nunca le cuentes
tus planes futuros y míentele respecto a tu pasado.

Ama a tu mujer hasta donde ella lo permita
y si llegas a tener hijos, piensa que,
como en los juegos de azar,
podrás ganar o perder.

El destino no existe.
Eres tú tu destino.

Y si llegas a la vejez

da gracias al cielo por haber vivido largo tiempo,
pero implora con resignación por tu pronta muerte.

Los que no tenemos dinero ni poder
valemos menos que un caballo,
un perro,
un pájaro o una luna llena.

Los que no tenemos dinero ni poder
siempre hemos callado para poder vivir largos años.

Los que no tenemos dinero ni poder
llegados a los cuarenta
debemos vivir en silencio
en absoluta soledad.

Así lo entendieron los antiguos,
así lo certifica el presente.

Quien no pudo cambiar su país
antes de cumplir la cuarta década,
está condenado a pagar su cobardía por el resto
de sus días.

Los héroes siempre murieron jóvenes.
No te cuentes, entre ellos,
y termina tus días
haciendo el cínico papel de un hombre sabio.

Ese Harold! Tal como a su coetáneo, compatriota y extraordinario poeta, Raúl Gómez Jattín, Juvenal lo conoció en Bogotá; en realidad hace muy poco de ello, apenas en agosto del presente año, y han quedado excelentes amigos. Haciendo un esfuerzo sobrehumano con sus magras finanzas, Agüero asistió en calidad de expositor a un evento académico a realizarse esta vez en Colombia. Se trataba de las JALLA (Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana) a donde el peruano llevó un ensayo titulado “*El Taller Literario César Vallejo en la República Dominicana*” que trata, como el lema lo sugiere, de la recepción de la poesía del ilustre poeta peruano en el contexto del taller literario que ha

adoptado su nombre, en el seno de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, y que funciona ininterrumpidamente desde hace algo más de veinticinco años. Sin embargo, ni Alvarado asistió a la ponencia de Agüero, ni se hicieron amigos a través del comercio académico, sino de la poesía. Leyeron juntos en un recital informal, y hasta cierto punto improvisado, que se llevó a cabo una tarde de esas en la soleada Villa de Leyva. Esto bastó para asentar afinidades; pero lo otro, a través ya de la sabrosa conversación, fue percatarse que compartían también --sobre todo con respecto al canon literario-- similares arbitrariedades, incoherencias y, asimismo, algunos entrañables fervores.

Pero el bueno de Alberto Roblest, estamos casi seguros, no va compartir nada de todo esto y, más bien, va a chingarse sobre cada uno aquellos Proverbios así como sobre las matizaciones de su amigo Juvenal; por lo tanto, y en cualquier momento, debemos esperar otro sorpresivo e-mail de su parte.

*

Hoy es 23 de diciembre y voy a llamar a Manuela a su casa en Granada. También voy a acompañar a hacer sus compras de última hora a mi hermana Elena. Y, por la tarde, vamos a encontrarnos con La Vizcacha para irnos a ver una película de ciencia ficción. En el interim, por cierto, voy a revisar mi correo electrónico donde es posible encuentre de nuevo algún mensaje agradable. Como, hace apenas unas pocas horas, el de Leonardo Garet, poeta uruguayo de raza, autor de *La sencilla espiral de los sucesos*. Ahora, no crean que no trabajo (esto pareciera sólo ocurrir en los cuentos de Borges); lo que sucede es que

gozo de algunos días libres antes de comenzar otra vez, el día cinco de enero, con otro *Taller de Narrativa* en la Universidad Católica. Esta materia, así figura en el currículo de Estudios Generales Letras, la dicté por primera vez el semestre regular inmediatamente anterior. Contra la costumbre, con los estudiantes nos propusimos trascender los límites del cuento y abordar la novela breve. Casi lo mismo que decir abandonar el coto privado e intransferible del yo para abrirse a otro, éste más bien, intercambiable y público; por no decir, a la intemperie y resueltamente ficticio. Fruto de este *Taller* se escribieron las siguientes cinco novelas breves y colectivas: Alina, Caleidoscopio, Sin fe, Letra muerta y Dimujer; con un promedio de cinco autores por obra. La sexta, *En tiempo real*, es la que se desarrolla ahora mismo ante los ojos del tolerante lector y cuyos autores por lo menos son dos, Juvenal Agüero y yo, más todos aquellos cuyos correos electrónicos abrimos aquí inescrupulosamente.

*

El viaje carnal de Juvenal Agüero

Hay días en que la red nos muestra su mejor cara, días en los que compensa enchufar la cajilla de sobremesa por ver que se cuece en el binario corazón sin patria, abundoso en comercios y tratos y cicatero con el talento. Y hete aquí que tropiezo con un amable correo, Juvenal Agüero, sí, Agüero como el que suscribe, eso ya le anima a uno, aquello de los parientes anhelados y desconocidos, me escribe, puede que desde los USA aunque yo prefiero pensar que lo hace desde Lima. Prosa sensata y amable, puramente americana diría yo. Adjunto me envía un manojo de escritos, ensayo, poesía, parte

sustancial de sus fecundas entretelas. Y me digo, le digo, ¿pero habrá alguien en esa bendita ciudad que no posea el don de la escritura? Tienen que saber que no sólo leo a Juvenal Agüero, lo disfruto, me reflejo en él. Juvenal Agüero tiende a la desazón y a la rebeldía, con sus negras eternas, de esas que le hablan a uno para siempre. Claro que, en el fondo, me parece un sentimental, como lo somos todos, ah, amigos, las damas, todas resultan adorables, pero sólo una, maldita sea, nos parte el corazón.

“No estoy convencido de mi humanidad; no quiero ser como los otros. No quiero ser feliz con permiso de la policía”. Juvenal Agüero, mi hermano limeño, prefiere, como yo, las populosas nalgas de Yaella a la poesía social. Que llegase a la lírica a través de César Vallejo, no quiere decir que no sepa desde hace tiempo que las metáforas sólo sirven para certificar un fracaso, para hacer ver que la relación entre las palabras y las cosas es dificultosa, evanescente; se puede poetizar la realidad, pero luego ya será otra cosa.

Entonces, le preguntan un día a Juvenal, ¿no crees en una poesía de tipo social? En absoluto —dice— No me siento vocero de ningún tipo de mesianismo: Siempre entreveo la pendejada en ello, porque siempre hay alguien que es vocero del mesianismo y vive muy bien.

Hermano Juvenal, asimismo, me envía desde Lima *Un chin de amor*, una especie de elongación caribeña de *Prepucio carmesí*. Tan cierto, tan gozoso y vivido me parece que no lo he soltado desde su llegada a mi casa de lluvia, tengo para mí que a ustedes, queridos lectores, les sucederá lo mismo.

*

Primero el pensamiento, después la razón.

(Antenor Orrego)

Juvenal escribe tres cosas al mismo tiempo. Corrige, previa aprobación por parte de la revista *Variaciones Borges* para su número de abril, un ensayo titulado “El diálogo Borges-Vallejo: un silencio elocuente”; compone otro ensayo titulado “*Trilce* y la ‘marinera de capricho’”; y le dedica sus ratos libres a esta novela. Como César Vallejo en sus *Escalas melografiadas*, donde éste glosa en el epígrafe a su maestro Antenor Orrego, Agüero también considera que el pensamiento es primordial a la razón; es más, en cierto modo le es incluso independiente, o debería serlo. Demasiada razón existe ya en nuestro pobre mundo o, como de modo más plástico lo expresara siempre Germancito, su propio hermano y mentor: demasiados “sellones” habría ya regados por ahí. En realidad, aquello es lo que más le ha interesado toda la vida a Juvenal Agüero; lo que más dichosamente algunas pocas veces se le ha entrecruzado en la existencia y aquello que más ha gozado. Está muy en lo cierto su joven alumno Jesús Paiva cuando mencionó, en conversación privada con el autor, que *Prepucio carmesí* no trataría de sexo; y esta novela sería más bien, especula por su cuenta Juvenal, una manera de reescribir unos versos de *El corazón y la escritura*, poemario publicado por el Banco Central de Reserva del Perú hace diez años:

[Estamos pensando]

Estamos pensando. Bola de fuego.

Bolo de fuego.

Red. Honda. Veneno.

Manos abiertas.

Estamos pensando. Aquí
en Santa Cruz de la Sierra.

Vapor. Señales de humo. Raíces.
Sin corazón estamos pensando.
Sin precisamente reflexión.
Sólo con el acorde
de algunos recuerdos. Porque eso somos.
Sólo con esa masa de objetos
sobre la superficie del río. Entreverados.
Separados. Disueltos. ¿Quién sabe?
Sólo con ese rumor y ese olor
que cubren el aire. Que instalan
como volutas sobre el río: Pensamientos.
Estamos pensando con un fino cedazo.
Entre branquia y branquia del pensamiento
una tela muy fina. Holandas
para lo visible y lo invisible. Cariño.
Estamos pensando con amor. Este es el secreto.
Esto es lo ignoto para todos los días.
Pensar con amor.
Y así el peje y la salamandra y el martillo
algo tendrán en común por el solo hecho
de haber sido expresados.
La esperanza también y las hojas de la palmera
algo tendrán en común.

Fuere como fuere, gozar el pensamiento, presentirlo y aceptarlo tal como si fuera un beso --¿de Dios?, ¿de una negra preciosa?, ¿de la mamá de uno?-- ha sido la eventual y pasajera dádiva con la que, hasta ahora, Juvenal ha sabido atenuar la dura carga de la vida. Pero que lo compromete e incluso lo ha involucrado, sin querer queriéndolo, a escribir

poemas, ensayos e incluso esta misma novela --de dudosa o invariable esquivada recepción-- para intentar curarse, resarcirse y ganar una final, del todo imaginaria, contra la estupidez.

*

Llamé a Manuela y no la encontré en su casa; sin embargo, dejé en la grabadora un breve mensaje de saludo por el año nuevo. La concurrencia perdonará, pero dudo mucho que ella vuelva a aparecer por estos lares. Y si aparece, me temo será de la manera hartamente anunciada que Uds. y yo entrevemos; es decir, en un tono y tema para nada novelescos, propios más bien de los textos impresos en las tarjetas postales o de aniversario. ¿Qué le vamos a hacer? Discúlpenme, pero debo seguir con mi vida e intentar salvar esta novela; o, al menos, una de ambas. La que sí apareció es La vizcacha y con un sugestivo regalo: un pequeño tapiz de tela negra bordado con el motivo del sol en vivos y vistosos colores; fruto de sus correrías por la selva del Perú, adicionales, a sus trabajos como antropóloga también en la misma zona.

*

Construyendo el diario propio

Resulta tan aldeana y lobotomizada la prensa escrita peruana, tan comarcal y taradita, que este columnista, al igual que miles de internautas, se construyen todos los días un periódico propio con retazos de aquí y de allá, opiniones del otro lado del mundo,

salpicones de prensa anglosajona, artículos de opinión escritos en castellano y no en mozárabe-achorado...y hasta videos hechos para acercarse a la verdad y no para escamotearla.

De modo que de ese diario personal que me construyo cada día, puedo obtener el detalle de noticias como la aparición de una isla de hielo de 66 kilómetros cuadrados, surgida monstruosamente del calentamiento global.

Esto ilustra, para vergüenza de Bush y su gavilla, cuán rápido va eso del calentamiento global y cómo es que las nuevas generaciones habrán de maldecirnos, con justa razón, por permitir que el hampa corporativa hiciera lo que está haciendo con el planeta. (César Hildebrant, "Matices", *La Primera*, 30.12.2006)

Asiente, Juvenal. Pero el asunto es que la monstruosa isla de hielo tiene muchísimo más en kilómetros cuadrados y enfila veloz también hacia aquí. Y el hampa corporativa, de algún modo, somos ya casi todos. Se estima que, hoy por hoy, a 60 dólares está la media hectárea de terreno en la luna y, claro está, los judíos son sus primeros propietarios. Y la familia Bush, según aquellas mismas fuentes alternativas de información, es ahora mismo dueña de la reserva subterránea de agua dulce más grande del mundo que supervizará *in situ* --desde su flamante y esplendorosa finca en el Paraguay-- y el año que viene, para variar, pinta a ser exactamente el mismo en Lima. Aunque, es probable, no esté ya más entre nosotros su tío Epifanio, como por cierto no lo está más el poeta Pablo Guevara ni, muchísimo menos, su recordado y querido abuelo materno Desiderio.

*

Última mañana de 2006. Zona de mototaxis. En realidad, las afueras de todo el contorno de la habitación que alquila Juvenal es un extenso y atareado paradero y taller de este inevitable servicio público. Por lo tanto, Juvenal escribe tenazmente acompañado por osados martillazos, estridentes tubos de escape y zozobrantes motores ...para no hablar de los ubicuos perros de su barrio. Variopinta y elocuente jauría --a sus anchas por aceras, puertas, matas y arbustos--, pero a fin de cuentas simpática, debe admitir Juvenal. Cien por ciento mestiza, cóctel bien peruano, la mayoría de estos perros son barrilitos andantes; es decir, de tronco y piernas cortos, más bien gruesos, y desproporcionada cabeza. Y desproporcionados genitales también. Siempre alegres, no menos estoicos, parecerían estar vacunados contra el dolor. A Juvenal le gusta sobre todo una perrita, Maya, entre pelirrubia y morena, pero que no ha sido presentada al del tan mentado prepucio. En otras palabras, Maya ignora que Juvenal es su fiel admirador porque jamás éste le ha acariciado la cabeza ni le ha alcanzado siquiera una galleta o un hueso; por lo demás, ella es una perrita con dueño y numerosos niños con quien jugar. Simplemente sucede que a Juvenal le fascina llamarla, a escondidas, por su nombre: -¡Maya!, y observar cómo hace girar una de sus peludas y redondas orejas hacia este entrañable sonido. -¡Maya!, y entornar levemente la recia cabeza y poner sus ojos fijos en el aire y suspensas las vaporosas pestañas... sin percatarse de su trovador. Que, por ejemplo en este mismo momento, le pasa la voz embozado entre las cortinas de la habitación que alquila en un tercer piso y donde trata de continuar escribiendo esta breve novela... Sin tomar en cuenta el fognazo del claxon aquel, las recias mentadas de madre aquellas y el chillido general de todos los escolares de la vecindad, muy en especial, en estos calurosos meses de vacaciones.

*

No escribo a menudo.

Mi cabeza, mi pelo al rape,

lo hace por mí.

Canas y trinchas minúsculos al viento.

Así escribe. Así no escribo

ni delecto.

Una cabeza parda a través de la noche.

No basta el amor de Dios

ni de nuestra madre.

Ni el de todos los hombres

y el de todas las mujeres. Juntos.

Frente a las aristas cortantes

y los acantilados y los abismos

del mar justo sobre nuestra cabeza. No basta

que por un agujero entre sigilosa nuestra fe.

Ni que un relámpago, fulminante,

sean de pronto nuestras más íntimas convicciones.

Una cabeza viaja por el espacio sideral.

Tapón de la vía láctea.

Y en dirección distinta al universo.

*

Manoli no aparece y felizmente, a diferencia de otros tiempos, Manuela tampoco. Juvenal pasó la noche vieja muy bien acompañado por La Vizcacha (por favor, no debe enterarse que hablamos de ella) que por supuesto le regaló, él hizo algo semejante, el calzoncillo amarillo de rigor para esta ocasión. 100% algodón peruano, *Hiroman* era la marca del bendito, y cuyo envase --justo arriba del logo-- rezaba: “Intimidad para los espíritus libres”. Por la tarde del día primero, lateando por el viejo centro de Lima, almorzaron en una kermés que se desarrollaba en la Plaza Italia; combinaron chanfainita con cebiche de pescado, más sus respectivos frescos vasos de chicha morada. Había sol, calor e inusitada luminosidad para ser el verano limeño; parecía, más bien, que la lucidez del caribe, aunque sin su sopor, se había instalado de pronto por aquí. Un día en que cada uno de nosotros, quizá, es el centro del mundo y las cosas aparecen regadas y sin dueño. La noche, el poco tiempo en que con La Vizcacha caminaron por los alrededores de la casa de ésta, estuvo lo mismo, o quizá mucho mejor. Milagrosamente se veían estrellas en Lima, el viento soplaba delicado y reparador. Como levantadas por un golpe brusco, el encuentro y la caminata de ambos le parecieron a Juvenal --enseguida se lo comentó a su atenta compañera-- dos espigas tocándose y entrecruzándose en el aire límpido. Aunque dos espigas, nítidas entre muchas otras, que formaban todas juntas como una nube tenue, una opaca columna de humo, o una muy discreta señal. Acaso.